

LA PROBLEMATICA TIWANAKU EN CHILE: VISION RETROSPECTIVA

José Berenguer Rodríguez

PRELIMINAR

A fines de 1978 se cumplirán 70 años de problemática Tiwanaku en la arqueología chilena. Desde aquel lejano día de 1908, en que don Ricardo Latcham leyera en el iv Congreso Científico el trabajo del Dr. Max Uhle, "La esfera de influencia del país de los Incas" (publicado en 1911), en el cual se sugería por primera vez la posibilidad de una influencia de la cultura Tiwanaku en nuestro país, han sido muchas las investigaciones que han confirmado suficientemente esa suposición inicial, contándose en la actualidad con una nutrida bibliografía sobre el tópico.

Por otra parte, y como un reconocimiento de la importancia del problema dentro de los estudios prehistóricos del norte de Chile, para el vii Congreso Nacional de Arqueología a celebrarse en Talca durante este año, se ha propuesto un simposio dedicado a este interesante tema.

Consideramos propicia la ocasión, entonces, para intentar un balance de lo que ha sido el problema Tiwanaku en Chile, detrás del cual existe el propósito de hacer reflexionar acerca del rumbo que deben tomar las investigaciones en el futuro próximo.

*
* *

Resulta evidente a través del estudio retrospectivo, que pueden distinguirse nítidamente cuatro etapas en las investigaciones. La pri-

mera (1908-1942), constituye una aproximación inicial al problema, destacando en ella la sobresaliente labor de dos pioneros de la arqueología del Norte Grande: el Dr. Friedrich Max Uhle y don Ricardo E. Latcham. El análisis de la segunda etapa (1943-1957), arroja escasos avances, distinguiéndose las breves formulaciones del Dr. Junius Bird para la costa chilena norte y el replanteamiento de la arqueología del norte de Chile hecho por Richard P. Schaedel y Carlos Munizaga. La tercera etapa (1958-1970), inscrita en un período de positiva eclosión de la arqueología chilena, y en el cual el problema estuvo definitivamente centralizado en su aspecto cronológico, incluye el aporte valiosísimo de una pléyade de nuevos arqueólogos, entre los cuales estimamos de justicia destacar la prolífica labor del profesor Lautaro Núñez. La última etapa (1971 en adelante) es parte todavía de nuestro presente, y si alguna conclusión puede extraerse desde tan cerca, es que existe una marcada tendencia a asumir la interpretación del fenómeno.

Revisar los resultados de las investigaciones arqueológicas realizadas en siete decenios, implica examinar el trabajo de las figuras más selectas que ha producido la arqueología nacional y de aquellos ilustres extranjeros que han venido a entregar su invaluable contribución científica a nuestro país. Deseo pedir disculpas a ellos por los errores —involuntarios, en cualquier caso— que en este trabajo pueda cometer, recabando, igualmente, su comprensión por las concesiones que me he

permitido hacer para satisfacer adecuadamente la ecuación información-síntesis-exposición.

I. PRIMERA ETAPA (1908 - 1942): Una aproximación al problema.

Al destacar al Dr. M. Uhle como precursor de la problemática Tiwanaku en Chile, es legítimo hasta cierto punto preguntarse por qué no se le asignó semejante condición a don José Toribio Medina, o bien al Dr. Francisco A. Fonck. Sin embargo, pensamos que *Los Aborígenes de Chile* (MEDINA, 1882) no constituye el primer hito en la investigación, por cuanto su autor no podía suponer entonces la filiación Tiwanaku del vaso de oro de Copiapó, ilustrado en una de sus láminas, que Uhle, más tarde y con mayores elementos de juicio, calificara de parecido a los vasos cerámicos de Tiwanaku (Cf. UHLE, 1911: 269).

De otro lado, si bien el trabajo del Dr. Fonck, *La Región Prehistórica de Quilpué y su relación con la de Tiahuanacu* (1910), corresponde efectivamente a la primera publicación en la que se alude a una vinculación entre Tiwanaku y nuestro territorio, no es, en rigor, la inauguración de la temática, ya que el trabajo del Dr. Uhle se dio a conocer en 1908, pero por razones ajenas a su voluntad tan sólo fue publicado en 1911.

Hecha esta salvedad, consagrémonos al análisis de esta primera etapa de investigaciones.

*
* * *

De acuerdo con M. Orellana (1975a: 160), los comienzos de los estudios prehistóricos en Chile tienen lugar en el siglo pasado como resultado del aporte de geógrafos, historiadores y naturalistas nacionales y extranjeros, que reúnen una extraordinaria cantidad de información sobre el pasado precolombino y sobre las costumbres de los indígenas contemporáneos.

Los trabajos publicados, antes de 1882, fueron maestramente utilizados por el estudioso José Toribio Medina, quien publicó un libro que hasta hoy día tiene vigencia en muchos aspectos. *Los Aborígenes de Chile* no debe ser considerado el texto que inicia los estudios prehistóricos en Chile, sino como la primera síntesis —creadora— de muchas investigaciones hechas en Chile, y que se relacionan con los estudios prehistóricos y etnográficos (*Ibid.* 161).

Con posterioridad a la obra de Medina, y hasta avanzado el primer decenio de nuestro siglo, se vive un período de incremento notable del interés por la prehistoria, la etnografía y la antropología física. En vísperas de la llegada de M. Uhle, sin embargo, la arqueología chilena carece aún de una profundidad histórica¹.

Cuando Uhle llega a Chile, contratado por el gobierno de la época, trae consigo una idea muy clara de la cronología y desarrollo cultural del Perú precolombino, como fruto de sus investigaciones en diversos valles y puntos del litoral norte, centro y sur peruanos.

En Chile, logra demostrar su hipótesis sobre una influencia de la cultura Tiwanaku, con sus excavaciones en Pisagua, Arica y Tacna, y a través del examen de las colecciones arqueológicas de San Pedro de Atacama, Calama y Chiu-Chiu pertenecientes a particulares.

Una de las primeras referencias concretas de Uhle en favor de una influencia de Tiwanaku en nuestro país —que va más allá de sus sugerencias iniciales de 1908— la encontramos en su comentario a la obra de Thomas A. Joyce sobre la arqueología de la América del Sur²:

¹Orellana (1975b: 13), dice que es posible que Uhle haya arribado a Chile a fines de 1911 o a comienzos de 1912.

²T. A. Joyce, *South American Archaeology*, London, Macmillan and Co., 1912.

Ha reconocido debidamente la importante influencia de los incas en el país, pero en las descripciones de las condiciones anteriores, noto la omisión de las influencias ejercidas por la civilización de Tiahuanaco en el mismo sentido.

La excavación de Sénéchal de la Grange en Calama, descrita por Boman, ha llevado a la luz objetos atacameños del mismo período, aunque el informe nada expresa en ese sentido. Una de las varias pruebas de la edad tiahuanaqueña de esos objetos y de las varias influencias ejercidas por esta civilización en el norte de Chile la constituye la tableta de madera (Fig. 4) de San Pedro de Atacama, de la colección del señor Aníbal Echeverría y Reyes, y que ahora se encuentra en Santiago. Esta tableta, parecida a las excavadas por La Grange y a otras desenterradas por mí, da en relieve, como en Tiahuanaco, una de las figuras aladas de la puerta monolítica de aquel lugar, con poca alteración de detalles, según el estilo local (UHLE, 1912a: 421)³.

A esta misma época corresponden artículos como "Tabletas de madera de Chiu-Chiu" (1913a), "Los indios atacameños" (1913b), "Las tabletas y tubos de rapé en Chile" (1915) y "Los Aborígenes de Arica" (1917), que contribuyeron en buena medida a darle un más sólido fundamento a su tesis de un período de influencias de Tiwanaku en el norte de Chile.

Con la base que le entregaron sus anteriores trabajos en el Perú y los estudios llevados a cabo en el norte de Chile, Uhle (1919 y 1922) da a conocer la que sería la primera secuencia cultural para el Norte Grande. En ella destaca los siguientes períodos:

- I Período del Hombre Primordial (hasta el fin de la Era pasada).
- II De los Aborígenes de Arica (primeros siglos de la Era de Cristo).
- III Período contemporáneo con los monumentos de Chavín (cerca 400 a 600 de nuestra Era).
- IV *Período de Tiahuanaco y el subsiguiente epigonal* (de 600 a 900 de nuestra Era)⁴.
- V Período de una Civilización Atacameña Indígena (de 900 a 1100).
- VI Período de una Civilización Chíncha Atacameña (cerca de 1100 a 1350).
- VII Período de los Incas (hasta el fin del período prehistórico).

Estudios posteriores han confirmado muchas de las formulaciones del sabio alemán, dejando suficientemente establecida su gran intuición y calidad científicas. Sirvan para corroborar lo dicho, las palabras del Profesor Orellana al referirse al cuadro recién citado:

Digamos en primer lugar, que parcialmente estas fechas de Uhle no resistieron la crítica que surgió de las nuevas investigaciones y sobre todo de la introducción de los métodos radiactivos. Pero junto a lo anterior, debe inmediatamente decirse que aunque es verdad que los dos primeros períodos retrocedieron algunos miles de años, y que el período de Chavín también retrocedió 1500 años, otras altas culturas fueron fechadas exactamente por Uhle: es el caso de Moche o Mochica (150 a 300 D.C.); como también el de Tiahuanaco (400 a 800 D.C.) (ORELLANA, 1975b: 32).

Ricardo Latcham, por su parte, exploró algunas vías de trabajo nuevas e interesantes, como la delimitación meridional de las in-

³La tableta a la cual se refiere Uhle, ha sido reproducida también por A. Oyarzún (1931a: Fig 16) y G. Le Paige (1965: Lám. 60).

⁴El cuarto período fue formulado, principalmente, sobre la base de los materiales encontrados por el propio Uhle en Tacna y Pisagua.

fluencias. Su mérito mayor reside en la continuación y fundamentación de una influencia de la cultura Tiwanaku en la actual 2ª Región (Antofagasta). Como ya se ha hecho presente, desde hace muchos años se conocían diversos artefactos de Calama, Chiu-Chiu y San Pedro de Atacama pertenecientes a colecciones privadas que abonaban la tesis de una influencia de Tiwanaku, pero que carecían de datos precisos sobre su hallazgo. El descubrimiento y excavación por parte de Latcham de los cementerios de Ancachi y Chorrillos, y sus trabajos en Tchecar, entregarían la prueba definitiva que faltaba.

En sus dos volúmenes de prehistoria de Chile (1928 y 1936) R. Latcham no introduce modificaciones sustanciales al esquema cronológico-cultural de Uhle, aplicándolo con ligeras adaptaciones a la región "atacameña" de Antofagasta. Igualmente, el historiador Tomás Guevara en su obra *Historia de Chile. Chile Prehispánico* (1929), sigue fielmente el cuadro de Uhle y, en general, este esquema es aceptado sin críticas por todos los estudiosos de la época.

En 1928, Latcham elabora una secuencia para las *Provincias Diaguitas* —que no experimentará cambios en su obra de 1936—, con validez hasta el río Cachapoal por el sur, y que es una adaptación de la secuencia que Uhle hiciera para el extremo norte. La importancia de este cuadro, es que por primera vez se postula formalmente un período *Tiahuanaco* y *el subsiguiente Epigonal* en el Norte Chico y Chile Central, colocándolo en la secuencia histórica del área:

- I Hasta fines de la Era pasada. Período del Hombre Primordial.
- II Primeros siglos de la Era Cristiana. Período del Hombre Arcaico (pescadores).
- III 400-600 D.C. Período de las inmigraciones (aparición de los primeros pueblos de cultura adelantada en la costa).
- IV 500-900 D.C. *Período de Tiahuanaco* y *el subsiguiente Epigonal*. Aparición de los *Diaguitas*.

- V 900-1100 D.C. Período Diaguita-Chileno. Desarrollo de culturas locales.
- VI 1100-1450 D.C. Período Chíncha-Diaguita. Extensión hacia el norte del pueblo de los túmulos.
- VII 1450-1460 D.C. Período de los Incas.

Sin embargo, cabe señalar que tan temprano como en 1912, el autor ya había sostenido que entre el límite sur del desierto de Atacama y el río Choapa, existió en un momento un pueblo que

poseía una cultura bastante avanzada y desarrollada en que son patentes las influencias del período de Tiahuanaco. Estas influencias y las del período a que el profesor Max Uhle ha dado el nombre de *epigono*, son decisivas y perduraron durante las épocas posteriores. Se notan principalmente en la ornamentación de la alfarería, en algunas de sus formas y en los escasos objetos de madera y de bronce que hallamos en sus sepulturas (LATCHAM, 1912: 325).

Gran parte del fundamento de esta hipótesis, debe buscarse en algunas afirmaciones de Uhle que destacaban la similitud entre los exornados de los ojos de las figuras de la cultura Tiwanaku y aquellas de las figuras de ciertas piezas de Illapel y Tongoy dibujadas en la obra de Medina (Cf. UHLE, 1911: 269). También debieron influir en el mismo sentido las declaraciones del investigador alemán respecto a que

Parece que será posible demostrar sus efectos (los de la influencia de Tiwanaku) hasta la latitud de Valparaíso (UHLE, 1912a: 421)⁵.

Pero en *Arqueología de la Región Atacameña* (1938), Latcham no hablaba ya de in-

⁵El paréntesis es nuestro.

fluencias de Tiwanaku en Chile Central, y ponía en duda la filiación Tiwanaku de algunas piezas cerámicas del Norte Chico que en "Las influencias de la cultura Tiahuanaco en la antigua alfarería" (1927) colocara como tales.

Sabemos de la existencia de un último manuscrito de Latcham sobre el Norte Chico (Cf. MOSTNY, 1969: 15). Sería importante conocer esa obra inédita para saber si Latcham mantuvo hasta el final su tesis acerca de una influencia tan meridional de Tiwanaku⁶. Estamos en condiciones de decir, no obstante, que por lo menos a dos años de su muerte, seguía manteniendo esa idea (Cf. LATCHAM, 1941: 6).

Los trabajos del Dr. Aureliano Oyarzún sobre cestería (1930), tabletas y tubos "atacameños" (1931a), tejidos (1931b) y alfarería de Calama (1934), sólo inciden superficialmente en nuestro tema. Teniendo indudable valor como información descriptiva, estos artículos en ningún momento ofrecen novedades que vengan a sumarse a los aportes verdaderamente ricos entregados por las investigaciones de Uhle y Latcham.

Como es lógico ante lo reciente de los hallazgos, el Dr. Uhle no alcanzó a configurar una hipótesis sobre la influencia de Tiwanaku en Chile. Pensaba que los "atacameños" habían ocupado el extremo norte de Chile, se habían extendido por el altiplano boliviano y alcanzado el Perú hasta Ica por la costa y Ayacucho por la sierra. Uno de los fundamentos de la hipótesis de Uhle era la toponimia de la región abarcada por la presunta invasión, la que, en su opinión, incluiría nombres de origen "atacameño". Añadía que el motivo escalonado, "tan propio de Tiahuanaco", estaba presente en la cestería encontrada en las sepulturas "atacameñas" de Pisagua, pertenecientes a períodos anteriores a Tiwa-

naku. Enfatizaba, sin embargo, que si bien los "atacameños" influyeron en el arte de la cultura altiplánica, fueron retribuidos posteriormente (UHLE, 1919 y 1922).

Latcham (1938: 35), estimaba posible aceptar provisoriamente la hipótesis de Uhle, pero otros investigadores como Guevara y Oyarzún la suscribieron sin mayores reservas.

El mismo Latcham (*Ibid.*: 224), alcanzó a pronunciarse parcialmente sobre las características que asumía la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama. Reparando en las semejanzas en la calidad, forma y decoración de unos keros cerámicos de esta localidad, con otros del altiplano boliviano, señaló que la influencia de Tiwanaku en San Pedro de Atacama debió ser directa.

Mayor contenido teórico tiene su hipótesis para el mismo fenómeno en la región de Tarapacá:

Con la expansión del imperio de Tiahuanaco, en el siglo VI a VII, la mayor parte de las quebradas fueron colonizadas por grupos collas de habla aymará, procedentes de los altiplanos bolivianos (LATCHAM, 1942: 11).

Durante la etapa cubierta por las investigaciones de Uhle y Latcham en el norte de Chile, tuvieron lugar muchas investigaciones sobre Tiwanaku en Bolivia y el Perú, como también en el noroeste de Argentina. Podemos destacar, entre otros, los trabajos de Adolph A. Bandelier, Arthur Posnansky, Salvador Debenedetti, Philip A. Means, el Barón Erland Nordenskjöld y Wendell C. Bennett. Los resultados obtenidos en esas naciones influyeron en las investigaciones de nuestros autores, y en más de una oportunidad se suscitaban interesantes debates sobre el particular (*vid* LATCHAM, 1938: 30-33). Existe el testimonio, por ejemplo, que las insólitas interpretaciones de Posnansky sobre la cultura Tiwanaku, no fueron dejadas pasar por científicos serios como M. Uhle y R. Latcham, quie-

⁶La Dra. Mostny nos ha dicho que una parte de ese manuscrito está en los Archivos de la Biblioteca Nacional, y la otra estaba en poder de los hijos de Latcham, ya fallecidos.

nes las combatieron en sendas publicaciones (1912b y 1914, respectivamente).

No queda claro, empero, si Latcham conoció la fundamental obra de Bennett (1934), cuyo aporte más significativo fue la formulación de una primera periodificación de la cultura Tiwanaku sobre bases científicas (Temprano, Clásico y Decadente). En su monografía sobre la región atacameña, menciona una cerámica *decadente*, término al cual concibe como sinónimo de *Epigonal* (1938: 41); en otra parte de la misma obra, se refiere “a la época clásica de Tiahuanaco” (*Ibid.*: 224); pero nada indica que el uso de estos conceptos por parte de Latcham, provenga de la lectura del libro de Bennett.

Sintetizando lo que fue esta primera etapa de investigaciones, digamos que se confirmó, sin lugar a dudas, que Tiwanaku ejerció una influencia en el Norte Grande de Chile. Aun cuando Latcham ofreció algunas pruebas de una influencia de la misma cultura en el Norte Chico, la mayoría de éstas no resultan convincentes hoy en día; tampoco fueron consideradas por sus contemporáneos. De vital importancia fue la elaboración de secuencias culturales para el norte de Chile, incluyendo un período de *Tiahuanaco* y el subsiguiente *Epigonal*, actuando éste —al igual que el período de los Incas— como un pivote cronológico para su estructuración.

II. SEGUNDA ETAPA (1943-1957): Un período de estancamiento.

Teóricamente, los inicios de los trabajos de Junius Bird representan para la arqueología chilena los comienzos de una nueva época. En la práctica, sus excavaciones estratigráficas —sin precedentes en el país— no son continuadas por los investigadores nacionales “y tendremos que esperar dos décadas más antes que un chileno nos entregue una excavación estratigráfica” (MONTANE, 1972: 36).

Por desgracia, el contacto de Bird con la problemática Tiwanaku en la costa norte fue breve y de pobres resultados. En sus excava-

ciones de Playa Miller no encontró evidencias claras de Tiwanaku. Reconoce sí, el carácter Tiwanaku de los objetos encontrados por Uhle en Pisagua y Arica. Sin embargo, es enfático al aclarar que en esas localidades “las raras piezas Tiahuanaco son exóticas al patrón general” (BIRD, 1943: 307).

Sostiene que la cerámica exhumada de los depósitos de la costa, no apoyan la idea de Latcham (1938: 223), que relacionaba la introducción de la alfarería en el norte de Chile con la cultura Tiwanaku. En su opinión, las piezas “atacameñas”, que según Latcham habían desarrollado sus propios estilos y formas a partir de Tiwanaku, no guardan ninguna similitud con los objetos de esa cultura, y en Arica se encuentran tanto debajo como encima de los escasos fragmentos cerámicos de Tiwanaku (BIRD, 1946: 590 y 593).

Además, los trabajos del Dr. Bird discuten la secuencia cultural de Uhle, la cual, como viéramos, había sido aceptada sin reparos por los estudiosos de la etapa precedente. Uno de los hechos más relevantes de su secuencia para el tramo costero norte de Chile, es la omisión de un período Tiwanaku, arrojando serias dudas sobre las conclusiones de Uhle a ese respecto, y de las cuales los arqueólogos chilenos no lograrán despojarse en casi los veinte años siguientes.

Bennett (1946: 602), por su parte, afirma que algunos investigadores han criticado la secuencia del Dr. Uhle apoyados, sobre todo, en el hecho de que en el norte de Chile se encuentran diseños del Tiahuanaco Clásico en artefactos “atacameños”, y que algunas sepulturas del río Loa presentan cerámica Decadente. De suerte que el período Atacameño Indígena que Uhle colocara como posterior al período Tiahuanaco, sería contemporáneo con el Tiahuanaco Clásico y, más tarde, en Calama, con el Tiahuanaco Decadente.

Por lo que toca a las investigaciones de la Dra. Grete Mostny en el norte de Chile durante esta etapa, si bien aluden al problema, no lo abordan con profundidad. Su aporte está representado por lo que denomina el

“Cuarto Estilo” (1942 y 1944a) —al cual considera como un estilo cerámico “tiahuanacoide” del Norte Chico—, y por algunos objetos desenterrados por ella en el Fundo Nueva Chile, en Arica (1944b), que ahora atribuimos a una probable filiación Tiwanaku. La excavación de una tumba en Chiu-Chiu, en el mismo cementerio en el cual P. Dauelsberg (CONGRESO, 1963) aislara elementos Tiwanaku, no entregó novedades para el tema que tratamos (MOSTNY, 1956).

En 1953, el Centro de Estudios Antropológicos de la Universidad de Chile realiza una

ambiciosa expedición al norte de Chile, entre Arica y La Serena. Los resultados de esos trabajos, representan una esforzada labor de ordenamiento y “estado de situación” de los estudios prehistóricos principalmente en la costa chilena norte. El producto inmediato de esas investigaciones fue un cuadro cronológico general, en el cual las fases culturales propuestas se hayan correlacionadas cronológicamente con las fases del desarrollo altiplánico (SCHAEDEL, 1957: 35). Con el objeto de centrarnos en nuestro tema, resumimos el cuadro citado de la siguiente manera:

<i>Altiplano</i>	<i>Arica</i>	<i>Pisagua</i>	<i>Zona Atacameña Chilena</i>
Inca	Inca/Arica	-----	Inca/Pica Inca/Toconao
Khonkho	Arica II	Atacameño/Pisagua	Atacameño/Toconao
Tiahuanaco Dec. (Tiah. 3)	Arica I	Tiahuanaco/Atacameño/ Pisagua	Atacameño/Toconao Tiahuanaco/Ancachi
Tiahuanaco Clásico (Tiah. 2)	?	Tiahuanaco/Pisagua Pichalo 4 Pichalo 3	
Tiahuanaco I Chiripá		Pichalo 1 Pichalo 2	

Como es fácil de apreciar, en lugar de una fase “Tiahuanaco/Arica”, se coloca un gran signo de interrogación, conclusión coincidente con la de J. Bird, pero contradictoria con la afirmación del propio Schaedel (Ob. cit.: 20), en orden a que hay un período de influencia “tiahuanacoide” en Arica. C. Munizaga (1957: 122), por su lado, dice encontrar evidencias de Tiwanaku en los materiales del Dr. Bird correspondientes a Arica I “en forma más acusada y con mayores manifestaciones que las que Bird postula”, hasta el punto de permitirle “aislar en Arica una probable ocupación de Tiahuanaco”. No obstante, admite la desaparición de “Tiahuanaco y sus influencias” como período propiamente dicho.

Las conclusiones de R. Schaedel (Ob. cit.: 33) sobre la penetración de Tiwanaku en la región de Antofagasta y en la parte sur de la región de Tarapacá, guardan, en líneas gene-

rales, cierta concordancia con los actuales planteamientos:

La primera cultura expansionista, la tiahuanacoide, que afectó en forma decisiva todo el territorio peruano, influyó ligeramente a los atacameños. La evidencia indica que no logró efectuar una verdadera conquista u ocupación.

Investigadores como Francisco L. Cornely y Jorge Iribarren alcanzan a tocar en sus escritos el problema de Tiwanaku en Chile, aunque siempre de un modo tangencial y referido a las supuestas evidencias de esa cultura en el Norte Chico. Cornely (1956: 32), por ejemplo, sostiene que

Las influencias de Tiahuanaco de que hablan algunos autores son mucho menos

aparentes en la cultura diaguita-chilena y bien pueden haber sido traídas por los mismos Chinchas que habían estado en contacto con Tiahuanaco.

El autor no incluye un período Tiwanaku en su cuadro cronológico para el llamado "territorio Diaguita-Chileno" (*Ibid.*: 37).

Refiriéndose a lo mismo, Iribarren (1957: 168), declara que en el Norte Chico los "vestigios son escasos e inciertos, que mejor podrían atribuirse a posteriores derivaciones culturales".

Paralelamente, se habían producido muchas novedades en las investigaciones sobre Tiwanaku en el resto del Area Andina. Primeramente, se arribó a un consenso respecto de las notables diferencias estilísticas entre los restos pertenecientes al "Tiahuanaco de la Costa" o "Tiahuanaco Peruano" y los del altiplano de Bolivia. Por un tiempo la expresión "tiahuanacoide" pareció definir mejor esa circunstancia⁷.

Al ir progresando las investigaciones en el Perú, se reparó en que el "tiahuanacoide" interrumpía las tradiciones regionales, imponiendo nuevos patrones cerámicos y de asentamiento en una vasta área, al mismo tiempo que con una gran homogeneidad. La tesis del directo origen Tiwanaku de la invasión "tiahuanacoide", sin embargo, no hallaba apoyo en las evidencias: los patrones impuestos exhibían grandes diferencias con aquellos comunes al altiplano boliviano; consecuentemente, su origen parecía más acertado pesquisarlo en otros lugares donde existieran centros urbanos y cerámica como los distribuidos. Las excavaciones de Bennett en Wari, cuyos resultados se publicaron en 1953, vinieron a asertarle el golpe de gracia a la tesis de un gran Imperio Tiwanaku extendido por todos los Andes Centrales. En esa ocasión, Bennett sustituye la denominación "tiahuanacoide" por

la del sitio-tipo Wari, señalando que este estilo se relaciona tanto con Tiwanaku como con el resto de los estilos del "Tiahuanaco peruano", postulando que desde Wari se distribuyó el estilo hacia el centro y norte del Perú (LUMBRERAS, 1969a: 236).

Durante el mismo año 1953, se celebró la Primera Mesa Redonda de Arqueología Boliviana, cuyas actas se publicaron en 1957. A través de los trabajos presentados al evento, quedó de manifiesto que la arqueología de la vecina República había experimentado un avance cualitativamente importante. Mención especial merecen "Introducción" (PONCE, 1957), y "Antigüedad y Cronología de Tiwanaku" (IBARRA, 1957), esta última una refutación a las ideas de A. Posnansky sobre la edad, origen, desarrollo y fin de la cultura Tiwanaku en Bolivia.

Desde 1957 funciona el Centro de Investigaciones Arqueológicas en Tiwanaku (CIAT), bajo la destacada dirección de Carlos Ponce Sanginés. De modo especial, debe destacarse la periodificación de la cultura Tiwanaku sobre bases estrictamente estratigráficas, que comprende cinco épocas para el desarrollo de esa cultura.

Es indudable que estos hechos acaecidos en Perú y Bolivia, serán de gran importancia para el rumbo de las investigaciones en Chile durante la etapa siguiente. Pero el balance de la etapa que discutimos en este capítulo ofrece muy escasos resultados, a saber: se desvirtúa la sugerencia de Latcham que confería a Tiwanaku un papel en la introducción de la alfarería en el norte de Chile; por otra parte, se omite un período de Tiwanaku en las secuencias de Bird y de Schaedel; por último, se plantean graves dudas sobre la supuesta filiación Tiwanaku de algunas piezas cerámicas del Norte Chico, desapareciendo éste como período en la región.

Así, la que pudo ser una etapa rica en hallazgos y plena de nuevas contribuciones, constituye la etapa más pobre en 70 años de problemática. Sin demasías, podemos afirmar que este período marca un estancamiento en las

⁷El concepto "tiahuanacoide" que aún se emplea en Chile, fue introducido a nuestra literatura arqueológica por la Dra. Grete Mostny (Cf. 1944a:195).

investigaciones sobre el tema, haciendo excepción de las conclusiones del Dr. Bird y la labor de replanteo de la arqueología del norte de Chile hecha por el Dr. Schaedel y el profesor Munizaga.

III. TERCERA ETAPA (1957-1970):

El problema cronológico

Durante este período el problema Tiwanaku giró alrededor de 6 ó 7 figuras, no más, las cuales en cada una de sus zonas de trabajo, o bien, desde los específicos campos de su especialidad, comienzan a tratar el tema en sus diferentes matices e implicancias. Destacan las publicaciones del R. P. Gustavo Le Paige sobre San Pedro de Atacama y zonas vecinas; los trabajos de la Universidad de Chile de Santiago, en la persona de investigadores como Mario Orellana y Juan Munizaga; la labor de los arqueólogos del Museo Regional de Arica con Percy Dauelsberg y Guillermo Focacci, principalmente; y las investigaciones tanto de la Dra. Grete Mostny como de Lautaro Núñez en gran parte del Norte Grande.

Especial referencia merece la obra del profesor Núñez, quien es el investigador que mayor preocupación ha demostrado por el tema. En casi todos los años del decenio pasado, y en lo que va corrido de los setenta, ha publicado diferentes trabajos que inciden, de una u otra manera, en diversos aspectos de la influencia de Tiwanaku. Sin embargo, no ha materializado aún ese interés por la problemática en un trabajo que integre la documentación obtenida a lo largo de estos años y redondee su propia concepción sobre la naturaleza de la penetración Tiwanaku en Chile. Esperamos con impaciencia la aparición de una obra que satisfaga esas expectativas.



Iniciando esta revisión por Arica, vale la pena señalar que los trabajos y conclusiones del

grupo del Museo Regional no han estado exentos de críticas. L. Núñez (1972: 28), ha dicho:

Hasta ahora en Arica se ha llevado adelante una arqueología horizontal, con múltiples tipos (cerámicos) que enfatizan cronologías carentes de verticalidad por falta de excavaciones sistemáticas en yacimientos claves⁸.

Es una arqueología cuantitativa, que después de 1961 no saltó a la búsqueda de problemas, sino más bien al acumulamiento de datos de yacimientos conocidos. Ni hablar, ni comentar sobre patrones de poblamientos, énfasis en fechas de C 14, ecología, etc.

Tal vez muchas o todas las críticas que hace Núñez sean legítimas, pero un hecho sí hay que reconocerles a los arqueólogos de Arica: han sido ellos los primeros en encontrar e identificar evidencias Tiwanaku en el extremo más septentrional de nuestro país, en forma clara e inobjetable.

Recordemos que en la etapa pasada las conclusiones de Uhle habían sido puestas en tela de juicio (Cf. BIRD, 1943 y 1946; MUNIZAGA, 1957). Bird, lo dijimos, no encontró evidencias significativas en sus excavaciones en Arica. Y Grete Mostny (1944b), no advirtió la posible filiación Tiwanaku de alguno de sus hallazgos en el cementerio del Fundo Nueva Chile (Valle de Azapa). Tan sólo Schaedel y Munizaga, a raíz de la expedición del Centro de Estudios Antropológicos al norte de Chile, sugieren una probable ocupación "tiahuanacoide" en el entonces Departamento de Arica (V. gr.: Playa Miller, Playa de los Gringos, Cerro Moreno y Valle de Camarones), pero las pruebas que entregan no son concluyentes.

Básicamente, son cinco las secuencias cul-

⁸El paréntesis es nuestro.

turales confeccionadas para la zona de Arica durante este período (DAUELSBERG, 1961a, 1961b, 1969; ENCUENTRO, 1961; NÚÑEZ, 1965).

La primera secuencia de Dauelsberg (1961a), representa un momento de transición de la problemática Tiwanaku en Arica. Todavía están muy frescas las conclusiones de C. Munizaga en orden a que Tiwanaku no constituye un período en Arica. No obstante, se admite que la cerámica Loreto Viejo encontrada en el corte de Bird corresponde al "Tiwanaku Expansivo", y que Maytas, Chiribaya y Sobraya son tipos "tiwanakoides" desarrollados de aquélla.

En aquel momento, el problema radica en la ausencia de pruebas de superposición entre la cerámica Loreto Viejo y el llamado "Horizonte Tricolor del Sur" (con sus exponentes regionales Maytas y Chiribaya), toda vez que se los encuentra siempre asociados. En con-

secuencia, no se hace referencia a un "Horizonte Tiwanaku Expansivo" como período, colocando al tipo Loreto Viejo junto al Tricolor del Sur "hasta que podamos separarlo cronológicamente para esta zona" (DAUELSBERG, 1961a: 16).

En ese mismo año, Dauelsberg (1961b), replantea el asunto discriminando un "grupo de cerámica tihuanacoide" (Maytas, Sobraya, Loreto Viejo, Chiribaya, Cabuza y Tiahuanaco Clásico), que ubica en un Horizonte Medio que hace partir desde el 600 D.C.

En el Encuentro Internacional de Arqueología de Arica, los arqueólogos chilenos conocen las dataciones por C 14 para las diferentes fases de la cultura Tiwanaku, entregadas por el trabajo de C. Ponce Sanginés "Breve comentario acerca de las fechas radiocarbónicas de Bolivia" (1961).

<i>Epoca</i>	<i>Fecha Promedio</i>	<i>Rango según cuadro de Ponce</i>
V	1050 D.C.	700 D.C. — 1000 D.C.
IV	667 D.C.	350 D.C. — 700 D.C.
III	299 D.C.	80 D.C. — 350 D.C.
II	43 A.C.	450 A.C. — 80 D.C.
I	237 A.C.	600 A.C. — 450 A.C.

Desde ese entonces, cualquiera tentativa de situar en el tiempo las manifestaciones de Tiwanaku en Chile, tendrá como referencia el espectro cronológico citado.

Sin embargo, en el Cuadro Cronológico General del Área Andina Meridional, que surgió como uno de los acuerdos del Encuentro de 1961, se asigna una fecha absoluta de 460 A.C. para la Fase II, un rango de 103 a 279 D.C. para la Fase III, un rango de 360 a 536 D.C. para la IV y una data absoluta de 1050 D.C. para la última fase.

En ese mismo cuadro, aparece la que consideramos la tercera secuencia cultural para la zona de Arica (incluidos los valles del departamento). Destaca un "Tiwanaku Clásico" entre el 500 y el 1000 D.C. en Azapa, y un "Tiwanaku Expansivo" hacia el 1000 D.C. en este valle, en Camarones y en Chiza. San

Miguel es estimado como posterior a Tiwanaku, pero anterior a las Maytas.

Sobre la base de los trabajos del Museo Regional de Arica y otros, el profesor L. Núñez (1965), entrega una secuencia del Período Agroalfarero de esa zona que ofrece dos hechos importantes de comentar: 1º San Miguel es colocado, por primera vez, como posterior al "Horizonte Tricolor del Sur", y 2º Se sitúa a las expresiones "Expansivas" de Arica entre el 700 y el 1000 D.C.

Finalmente, en el V Congreso Nacional de Arqueología Chilena, Dauelsberg (1969), presenta una nueva secuencia cultural para Arica, que cuestiona y rectifica las de Uhle

ºSegún Ponce, el comienzo de la Epoca I no es más reciente de 600 A.C.

y Bird. En ella sitúa un período que denomina "Horizonte Tiwanaku", acotándolo entre los siglos v y x D.C., y al cual subdivide en las lases Cabuza y Maytas.

Yendo más hacia el sur, el citado Cuadro Cronológico de 1961 incluye algunas modificaciones para Pisagua, que preferimos exponer en la fundamentación que de estos cambios hiciera posteriormente Núñez (1965: 72-73). Según este autor, a Pichalo iv debe situársele en una época posterior al 1000 D.C. y al contrario de lo propuesto por R. Schaedel (1957).

como un desarrollo post-tiahuanacoide, que debió coexistir en algún momento con poblaciones pescadoras poseedoras de cerámica pintada (valle de Arica) o monócroma (Pica) dentro del Período Tardío.

El contenido cultural de Pichalo iii —prosigue Núñez— aconseja, en cambio, ubicarlo en el Período Temprano (0-700 D.C.). Por lo tanto, no queda otra cosa que introducir las evidencias de **Tiwanaku** encontradas por M. Uhle en Pisagua, entre Pichalo iii y iv.

En el río Loa, la secuencia global del norte de Chile de Núñez —que ya comentáramos en lo que hace a Arica—, destaca un período "Tiwanaku Expansivo" sobre la base de los yacimientos de Chorrillos (Loa medio) y Ancachi (Loa inferior), trabajados por Latham.

Por último, son seis las secuencias culturales establecidas en el transcurso de esta etapa para la zona del Salar de Atacama. En 1961, el Cuadro Cronológico General del Encuentro de Arica, incluye un "Tiwanaku Clásico" aproximadamente hacia el 400 a 500 D.C. y un "Tiahuanaco Expansivo" hacia el 1000 D.C., este último anterior a la alfarería negra pulida. Posteriormente, M. Orellana (1963), define la cultura San Pedro, dividiéndola en tres fases, la segunda de las cuales presenta influencias de Tiwanaku hacia el 1200 D.C. Ese mismo año, el Cuadro Cronológico General del Congreso de San Pedro de Atacama, acepta la periodificación propuesta por Ore-

llana, reconociendo un momento "Tiahuanaco Expansivo" asociado a cerámica negra pulida en San Pedro ii, hacia el 1000 de nuestra Era.

En 1964, Orellana modifica algunas fechas de su anterior secuencia, aunque manteniendo sus lineamientos generales.

La secuencia de Núñez del año 1965, suscribe totalmente el contenido de las secuencias reseñadas arriba, ubicando un "Tiahuanaco Expansivo" entre el 700 y el 1000 D.C., posterior a la primera fase de la cultura San Pedro y comprendida, en gran parte, en la Fase ii, asociada a cerámica negra pulida.

Recientemente, Salas y Llagostera (1974), dieron a conocer la secuencia de cuatro épocas para la "Cultura Atacameña", que Le Paige viniera manejando —aunque nunca definiendo de manera explícita— desde mediados de la década del 60. Esta secuencia, que modifica aquella otra de tres fases postuladas por M. Orellana y a la cual Le Paige inicialmente se plegara, no hace mención alguna a Tiwanaku como período.

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas por G. Le Paige hacia los comienzos del decenio pasado, dieron lugar a una interesante polémica en torno a la exacta posición cronológica de las Fases i y ii (en la secuencia de Orellana) de la cultura San Pedro¹⁰. La presencia incuestionable de rasgos altiplánicos Tiwanaku asociados, principalmente, a la Fase ii, introdujo importantes matices a la controversia.

La fecha de 311 años D.C. (1650 ± 150 A.P.) de una muestra de madera, sirvió originalmente para datar unas piezas cerámicas, en forma de urna de Solor-6. Empero, al recibir Le Paige un segundo fechado (250 D.C. o 1700 ± 150 A.P.), esta vez para una muestra de madera incluida en el contexto de una tumba de Quitor-6, reinterpretó el fechado an-

¹⁰Salvo expresa indicación de lo contrario, cuando se hable de las fases de la cultura de San Pedro, se estará haciendo referencia a la periodificación de Orellana (1963).

y Bird. En ella sitúa un período que denomina "Horizonte Tiwanaku", acotándolo entre los siglos v y x D.C., y al cual subdivide en las fases Cabuza y Maytas.

Yendo más hacia el sur, el citado Cuadro Cronológico de 1961 incluye algunas modificaciones para Pisagua, que preferimos exponer en la fundamentación que de estos cambios hiciera posteriormente Núñez (1965: 72-73). Según este autor, a Pichalo iv debe situársele en una época posterior al 1000 D.C. y al contrario de lo propuesto por R. Schaedel (1957).

como un desarrollo post-tiahuanacoide, que debió coexistir en algún momento con poblaciones pescadoras poseedoras de cerámica pintada (valle de Arica) o monocroma (Pica) dentro del Período Tardío.

El contenido cultural de Pichalo iii —prosigue Núñez— aconseja, en cambio, ubicarlo en el Período Temprano (0-700 D.C.). Por lo tanto, no queda otra cosa que introducir las evidencias de **Tiwanaku** encontradas por M. Uhle en Pisagua, entre Pichalo iii y iv.

En el río Loa, la secuencia global del norte de Chile de Núñez —que ya comentáramos en lo que hace a Arica—, destaca un período "Tiwanaku Expansivo" sobre la base de los yacimientos de Chorrillos (Loa medio) y Ancachi (Loa inferior), trabajados por Latcham.

Por último, son seis las secuencias culturales establecidas en el transcurso de esta etapa para la zona del Salar de Atacama. En 1961, el Cuadro Cronológico General del Encuentro de Arica, incluye un "Tiwanaku Clásico" aproximadamente hacia el 400 a 500 D.C. y un "Tiahuanaco Expansivo" hacia el 1000 D.C., este último anterior a la alfarería negra pulida. Posteriormente, M. Orellana (1963), define la cultura San Pedro, dividiéndola en tres fases, la segunda de las cuales presenta influencias de Tiwanaku hacia el 1200 D.C. Ese mismo año, el Cuadro Cronológico General del Congreso de San Pedro de Atacama, acepta la periodificación propuesta por Ore-

llana, reconociendo un momento "Tiahuanaco Expansivo" asociado a cerámica negra pulida en San Pedro ii, hacia el 1000 de nuestra Era.

En 1961, Orellana modifica algunas fechas de su anterior secuencia, aunque manteniendo sus lineamientos generales.

La secuencia de Núñez del año 1965, suscribe totalmente el contenido de las secuencias reseñadas arriba, ubicando un "Tiahuanaco Expansivo" entre el 700 y el 1000 D.C., posterior a la primera fase de la cultura San Pedro y comprendida, en gran parte, en la Fase ii, asociada a cerámica negra pulida.

Recientemente, Salas y Llagostera (1974), dieron a conocer la secuencia de cuatro épocas para la "Cultura Atacameña", que Le Paige viniera manejando —aunque nunca definiendo de manera explícita— desde mediados de la década del 60. Esta secuencia, que modifica aquella otra de tres fases postuladas por M. Orellana y a la cual Le Paige inicialmente se plegara, no hace mención alguna a Tiwanaku como período.

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas por G. Le Paige hacia los comienzos del decenio pasado, dieron lugar a una interesante polémica en torno a la exacta posición cronológica de las Fases i y ii (en la secuencia de Orellana) de la cultura San Pedro¹⁰. La presencia incuestionable de rasgos altiplánicos Tiwanaku asociados, principalmente, a la Fase ii, introdujo importantes matices a la controversia.

La fecha de 311 años D.C. (1650 ± 150 A.P.) de una muestra de madera, sirvió originalmente para datar unas piezas cerámicas, en forma de urna de Solor-6. Empero, al recibir Le Paige un segundo fechado (250 D.C. o 1700 ± 150 A.P.), esta vez para una muestra de madera incluida en el contexto de una tumba de Quitor-6, reinterpretó el fechado an-

¹⁰Salvo expresa indicación de lo contrario, cuando se hable de las fases de la cultura de San Pedro, se estará haciendo referencia a la periodificación de Orellana (1963).

terior, aduciendo que la muestra de Solor-6, no correspondía a la época de las urnas (anterior a San Pedro I), sino que, por el contrario, a la cerámica negra pulida, información que sólo fue conocida con posterioridad al Congreso de 1963.

De acuerdo con esto, el segundo fechado, como el primero, otorgaba mayor antigüedad que la supuesta hasta ese entonces a la cerámica negra pulida, característica de la Fase II.

M. Orellana, cuyas conclusiones cronológicas para la cultura San Pedro en el Congreso de 1963, se habían sustentado en el hecho que la fecha de Solor-6 databa la cerámica negra pulida y no a las piezas tipo urna, replicó a través de una publicación en la que ponía de manifiesto este insólito hecho, concluyendo:

Como es fácil observar, la fecha de 263 D.C. (250 D.C.) para la tumba del cementerio de Quitor-6 se presenta huérfana de otro apoyo cronológico, y sin lograr, hasta ahora, un contexto cultural que corresponda a tan temprana fecha (ORELLANA, 1964: 102)¹¹.

El punto estaba en que como a la Fase II se la entendía asociada a elementos "Tiwanaku Expansivo", vale decir, a la Fase V de Tiwanaku —datada en una fecha muy posterior a los 250 años D.C.— existía un problema de discordancia cronológica. G. Le Paige (1963: 174), encaró el asunto de la siguiente manera:

El material intrusivo tiahuanaco encontrado, especialmente en Quitor-5, ha hecho creer a varios autores que la fase a la cual corresponden los tres cementerios dataría del siglo VII (700 años D.C.) de la Era Cristiana. Si, a pesar de la fecha anterior obtenida por C 14 (260 años D.C.) siguieran

manteniendo su opinión, se enfrentarían con una dificultad aún más grande. Tendrían que explicar cómo la cultura del centro de recepción puede ser mucho más antigua (de cuatro siglos), que la del centro de difusión, en especial en lo que concierne a la cerámica negra pulida. A esto hay que añadir que en San Pedro de Atacama hemos encontrado la única colección de vasos de oro de puro estilo tiahuanaco y ella en conexión directa con la cerámica roja pulida, es decir, en la época de la primera fase de San Pedro y seguramente anterior a la momia N° 2.532 de la segunda fase.

Al final concluye:

La cultura de Tiahuanaco no ha de considerarse expansiva varios siglos después de su apogeo, sino durante el mismo.

A este respecto, L. Núñez (1966: 34), sostuvo que la mayoría de los contextos "tiahuanacoídes" del norte de Chile son expansivos (700-1000 D.C.), por lo cual no cabe suponer la llegada de Tiwanaku en el tiempo que Le Paige denomina el auge (400 a 700 D.C.). Con relación a los keros de oro repujado asociados a la hipotéticamente más antigua cerámica roja pulida, Núñez conjetura que pueden corresponder al momento de transición entre las Fases I y II de la cultura San Pedro.

De otro lado, Orellana —y con él está de acuerdo Núñez—, dice que no hay restos de Tiwanaku III en San Pedro de Atacama, como para aceptar la fecha de 250 D.C. Aun haciendo uso de la variación sigma I (+ 150), vale decir, considerando una edad calendario de 400 D.C., ésta resulta todavía demasiado temprana para datar los restos de San Pedro II. Reconociendo que hay numerosas evidencias del "Tiwanaku Expansivo", esta fecha sería, más bien, contemporánea a Tiwanaku IV, no existiendo tampoco restos de esa fase en San Pedro de Atacama (ORELLANA, 1964: 103).

Atendiendo a todo lo dicho, estaremos de acuerdo en que la preocupación de los arqueólogos de esta tercera etapa estuvo marca-

¹¹El paréntesis es nuestro.

